

Album de familia

I

Un abuelo recóndito que a fuerza de no verlo
se me hizo familiar
y que alumbró con luz de lámpara mi paso por la infancia.
Madre que en su cocina enhebró
en manteles de humo lo enorme del mundo.
Mi padre con un dedo señalando los astros.
Y yo en aquellos huertos yéndome aupándome al aire.
Abuela que una noche desde su puerta miró los cielos
y se apresuró en la sombra;
abuela que escrutó ansiosamente las nubes, las lluvias, el rastro de las lunas.
Guardo de mi hermana una moneda fría
y nuestras dos habitaciones nebulosas.
Eso es todo y algo duele,
algo tiembla aun abierto como una zanja
en la mitad del corazón.

II

No los despiertes hasta que me reúna
para siempre con ellos en la última página.

Eugenio Montejo

Esta que asoma es tía Dolores,
maga del tiempo tan viva en todas mis edades
que hoy no sé si existe o no existe.
Agustín, el pequeño,

dobló conmigo las calles últimas de su niñez.
Hoy busca en la Biblia el rastro difuso de los suyos
y un raro consuelo inalcanzable.
Fernando, el cura,
creyó ver un mundo.
Hoy cuando llueve en su aldea es amo ya
de un ancho territorio de cálices.
De aquel abuelo,
el que en la niebla cantó en un lenguaje solitario
heredé su nombre y una vaga inocencia.
Uno a uno cruzan dormidos en un álbum
el desierto paraje de mis sueños.
Oscuros atraviesan mi noche de sonámbulo.
Un día iré con ellos a llenar
la última de sus páginas en blanco.

Ana Bauermann

Aunque se apaguen mis manos
como candiles lentos en un amanecer
y no pueda regresar y lejos
mi puerta, mi zaguán, mi calle inabarcable de estrellas
digan su oscura melodía de polvo
cubiertos de toda la palidez y todos los gestos del abandono.

Aunque en la niebla unos fuegos acojan
mi leve señal de adiós en ese instante recuérdame.
Guárdame en el aire tu rostro
a modo de blanca compañía:
Ana Bauermann.

Rafael Adolfo Téllez